

REVISTA
DE
VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

NÚMERO 1.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VALPARAISO.
IMPRESA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1873.

AAF 3227

la jeneracion actual. Ellos, aprovechándose de nuestros dramas, pros- critos en masa y calificadas de *Spectacle barbare* por uno de los mas rijidos Aristárcos, han dado a la escena, sin mas trabajo que copiar- los literalmente algunas veces, producciones ajustadas perfectamen- te a todas las reglas, de cuya infraccion nos acusaba tan duramente el mismo preceptista nuestro injusto detractor.

Por desgracia las pasiones y los viciós de la humanidad serán siempre los mismos. Las diferencias que puede presentar en diver- sas épocas o países son únicamente accidentales y no pasan de la forma exterior, porque seria preciso en otro caso que cambiaran la naturaleza y la organizacion del corazon humano. Estudiando éste profundamente, estudiando tambien la sociedad contemporánea en sus costumbres, en sus leyes, en sus preocupaciones, en el conjunto, en fin, de todos los elementos que la caracterizan y distinguen; es- tudiando al mismo tiempo el teatro antiguo para aprovechar lo que en él existe digno de imitacion, con talento para idear los planes, con paciencia para desenvolverlos, con un gusto delicado para no estraviarse en la eleccion de los medios y recursos dramáticos, con imaginacion bastante para impresionar vivamente el ánimo y casti- gar el interes de los espectadores, es indudable que pueden hoy ha- cerse mui buenas comedias que den honra y provecho a sus autores, acrecentando la gloria de que goza la patria de Lope y Calderon. Ejemplos recientes, aunque nó muchos, han demostrado esta verdad. Si hubiera quien creyese escesivo el número de requisitos y cir- cunstancias de que queda hecho mérito como indispensables para obtener aquel resultado, y que su observancia dificulta demasiado la ejecucion, que recuerde aquella pregunta con que uno de nues- tros primeros literatos, eminente autor dramático, justamente céle- bre y aplaudido, responde a una objecion semejante. "*¿Y quién ha creído hasta ahora que sea cosa fácil escribir una escelente come- dia?*"

NICOLAS SUAREZ CANTON.

EL JENIO DE WALTER SCOTT.

(TRADUCCION.)

Ciertamente que hai algo de raro y maravilloso en el talento de este hombre que dispone del lector como el viento de una hoja; que lo pasea a su voluntad por todos los lugares y en todos los

tiempos; que como jugueteándose descubre los secretos mas ocultos del corazon, como el mas misterioso fenómeno de la naturaleza y la mas oscura página de la historia; cuya imaginacion domina y acaricia todas las imaginaciones; que con la misma admirable verdad se reviste del harapo del mendigo y de la túnica del rei; que toma todas las costumbres, adopta todos los trajes, habla todos los idiomas, deja a la fisonomia de los siglos lo que la sabiduria de Dios ha puesto de inmutable o de eterno en sus rasgos y todo lo variable y pasajero que las locuras de los hombres han arrojado en ellas; que no obliga, como lo hacen ciertos novelistas ignorantes, a los hombres de los tiempos pasados a colorearse con nuestros afeites y frotarse con nuestro barniz, pero que obliga con su májico poder a los lectores contemporáneos a volver a tomar, aunque sea por pocas horas, el espíritu de los tiempos antiguos, tan desdeñado hoi dia, como un hábil y diestro consejero que invita a los hijos ingratos a volver al lado de sus padres. El hábil májico quiere ante todo ser mui exacto. No rehusa a su pluma ninguna verdad, ni aun la que nace de la pintura del error. Pocos historiadores son tan fieles como este novelista.

Se conoce que él ha querido que sus retratos fuesen cuadros y sus cuadros retratos. Nos pinta a nuestros predecesores con sus pasiones, sus vicios y sus crímenes, pero de modo que la inestabilidad de las supersticiones, y la impiedad del fanatismo no hagan mas que hacer resaltar mejor la eternidad de la relijion y la santidad de las creencias. Por otra parte, tenemos placer de volver a encontrar nuestros antepasados con sus preocupaciones, a menudo tan nobles y tan saludables, como con sus bellos penachos y sus magníficas corazas.

Walter Scott ha sabido beber en las fuentes de la naturaleza y de la verdad un estilo desconocido, que es nuevo porque es de todos los tiempos.

Walter Scott ha unido la minuciosa exactitud de las crónicas, la majestuosa grandeza de la historia y el interes de la novela. Jenio poderosísimo y curioso que adivina lo pasado; verdadero pincel que traza un retrato fiel sacado de una sombra confusa, y nos obliga a reconocer aun lo que no hemos visto; espíritu a la vez flexible y sólido, que se impresiona del sello particular de cada siglo y de cada pais como una blanda cera, y conserva indeleble esta impresion para la posteridad, como grabada en bronce.

Pocos escritores han sabido cumplir tan bien como Walter Scott

los deberes del novelista relativamente a su arte y a su siglo, porque seria un error casi culpable en el hombre de letras creerse fuera del interes jeneral y de las necesidades nacionales, esceptuar a su espíritu de toda accion sobre los contemporáneos y aislar su vida egoista de la gran vida del cuerpo social. ¿Y quién se sacrificará si no es el poeta? ¿Qué voz se elevará en la tormenta sino la de la lira que puede calmarla? ¿Y quién arrostrará los odios de la anarquía y los desdenes del despotismo, sino aquel a quien la sabiduria antigua atribuia el poder de reconciliar los pueblos y los reyes, y al cual la sabiduria moderna ha dado el poder de dividirlos?

No es, pues, a melifluas galanterias, a mezquinas intrigas, a escandalosas aventuras que Walter Scott consagra su talento. Advertido por el instinto de su gloria, ha comprendido que faltaba algo más, a una jeneracion que ha escrito con sus lágrimas y su sangre la pájina mas estraordinaria de todas las historias humanas. Los tiempos que inmediatamente han precedido e inmediatamente seguido nuestra convulsiva revolucion, eran una de esas épocas de postracion que experimentan los atacados de la fiebre antes y despues de sus accesos.

Entonces los libros mas vulgarmente atroces, los mas estúpida-mente impios, los mas monstruosamente obscenos eran devorados con avidez por una sociedad enferma, cuyos gustos depravados y cuyas facultades entorpecidas hubieran rechazado todo alimento sabroso o saludable. Esto es lo que esplica esos triunfos escandalosos, discernidos entonces por la plebe de los salones y los patriocios de la calle pública a los escritores ineptos o licenciosos que nos desdeñariamos de nombrar, los cuales se encuentran hoi dia obligados a mendigar el aplauso de los lacayos y la risa de los prostituidos. Ahora la popularidad no es ya distribuida por la plebe; ella viene de la sola fuente que puede imprimirle un carácter de inmortalidad como de universalidad: viene del sufragio de ese pequeño número de espíritus delicados, de almas exaltadas y de cabezas serias, que representan moralmente a los pueblos civilizados. Eso es lo que Scott ha obtenido yendo a tomar en los anales de las naciones los asuntos que pueden aplicarse a todos los paises, tomando en los fastos de los siglos libros escritos para todos los siglos.

Ningun novelista ha envuelto tanta enseñanza bajo tantos encantos, ni mas verdad bajo la ficcion. Hai un lazo de union visible

entre la forma que le es propia y todas las formas del pasado y del porvenir; las novelas épicas de Scott podrian considerarse como una transicion de la literatura actual a los grandiosos romances, a las grandes epopeyas en verso o en prosa que nuestra era poética nos promete y nos dará.

¿Cuál debe ser la intencion del novelista? Es la de espresar en una interesante fábula una verdad útil. Y una vez escojida la idea fundamental, una vez creada la accion esplicativa de ella, ¿no debe el autor buscar para desenvolverla un modo de ejecucion que haga su novela semejante a la vida, la imitacion semejante al modelo?

¿Y no es la vida un drama caprichoso donde se mezcla lo bueno y lo malo, lo hermoso y lo feo, lo elevado y lo bajo, lei cuyo poder no espira sino fuera de la creacion?

¿Será, pues, necesario limitarse a componer, como ciertos autores brillantes, cuadros enteramente tenebrosos, y como los chinos cuadros enteramente luminosos, cuando la naturaleza muestra por todas partes la lucha de las tinieblas con la luz? Pues los novelistas antes de Walter Scott habian adaptado jeneralmente dos métodos opuestos de composicion, ambos viciosos, precisamente porque son contrarios. Los unos daban a su obra la forma de una narracion dividida arbitrariamente en capítulos, sin que se adivinase demasiado el por qué, y talvez únicamente para dar descanso al espíritu del lector, como lo manifiesta injenuamente el título de Descanso, colocado por un antiguo autor español (1), a la cabeza de sus capítulos. Los otros desarrollan su fábula en una serie de cartas que se le suponian escritas por los diversos actores de la novela. En la narracion, los personajes desaparecian, el autor, solo, se muestra siempre; en las cartas al autor, el autor se eclipsa para no dejar ver sino a sus personajes. El novelista narrador no puede dar lugar al diálogo natural, a la accion verdadera; es necesario, que le sustituya un cierto y monótono movimiento de estilo, que es como un molde donde los acontecimientos mas diversos toman la misma forma, bajo la cual las mas elevadas creaciones, las mas profundas invenciones se borran del mismo modo que las desigualdades de un campo se allanan bajo el arado. En la novela, la misma monotonia proviene de otra causa. Cada personaje llega a su turno con su epístola, a la manera de esos actores forasteros que no pueden presentarse sino uno despues de otro, y que no teniendo permiso de hablar en el

(1) Marcos Obregon de la Ronda.

tablado, se presentan sucesivamente llevando sobre su cabeza un gran rótulo, en el cual el público lea su papel.

La novela por medio de cartas se puede comparar a esas fastidiosas conversaciones de sordo-mudos, que se escriben recíprocamente lo que tienen que decirse, de modo que su cólera o su alegría depende de tener siempre la pluma en la mano y el tintero en el bolsillo. Ahora bien, pregunto yo; ¿qué viene a ser de una chistosa o tierna reconvenccion que es preciso mandarla por la posta? Y la esplosion calurosa de las pasiones ¿no se encuentra un poco embarazada entre el preámbulo obligado y la fórmula culta e indispensable a toda carta escrita por un hombre bien educado? ¿Se creará que el acompañamiento obligado de cumplidos y cortesías acelera la progresion del interes y apresura la marcha de la accion? Se debe, en fin, suponer algun vicio radical e insuperable en un jénero de composicion que ha podido entibiar, a veces, la elocuencia misma de Rousseau.

Supongamos, pues, que en la novela narrativa, en la cual parece que se hubiera pensado en todo menos en el interes, adoptando el absurdo sistema de encabezar cada capítulo con un resúmen, a menudo mui detallado, el cual es como la narracion de la misma narracion, supongamos que a la novela epistolar, cuya forma misma impide toda vehemencia y toda rapidez, un espíritu creador sustituya la novela dramática, en la cual la accion imaginaria se desarrolla en cuadros verdaderos y variados, del mismo modo que se desarrollan los acontecimientos reales de la vida, que no conoce otra division que las de las diferentes escenas que quedan por descubrir; supongamos, en fin, que él sea un largo drama, donde las descripciones suplen a las decoraciones y a las costumbres; donde los personajes podrian manifestarse por sí mismos y representar, por sus diversos y multiplicados choques, todas las formas de la idea única de la obra.

Encontrareis en este nuevo jénero las ventajas reunidas de los dos jéneros antiguos, sin sus inconvenientes. Teniendo a vuestra disposicion recursos pintorescos, y en cierto modo los recursos mágicos del drama, podriais dejar tras de la escena esos mil detalles frívolos y transitorios que el simple narrador, obligado a seguir a sus actores paso a paso, como los niños que están aprendiendo a andar, debe esponer largamente, si quiere ser claro; y podreis aprovecharos de esos lances profundos y repentinos, mas fecundos en meditacion que las páginas enteras, que hace brotar el movimiento

de una escena; pero de los cuales no puede aprovechar el narrador por la rapidez del relato.

Después de la novela pintoresca pero prosaica de Walter Scott, quedará que crear otra novela mas bella y mas completa todavía, según nosotros. Esto es, la novela a la vez dramática y de epopeya; pintoresca pero poética, verdadera pero grande, real pero ideal, que fundirá a Walter Scott en Homero.

Como todo creador, Walter Scott ha sido acometido hasta el presente por inestinguibles críticas. Es necesario que el que explota una laguna se resigne a oír graznar las ranas en torno suyo.

ÁNJELA URIBE ORREGO.

MUERTA EN VIDA.

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIREI PRÍNCIPE DE SANTO BONO.

I.

Laura Martínez era bella como un sueño de amor en la primavera de la vida. Tenía por padre a un oidor de la Real Audiencia de Lima, viejo mas seco que un arenal, hinchado de prosopopeya y que nunca volvió atrás de lo que una vez pensara. Pertenecía a la secta de los infalibles, que, de paso sea dicho, son los mas propensos a engañarse.

Con padre tal, Laura no podía ser dichosa. La pobre niña amaba locamente a un jóven médico español llamado don Enrique de Padilla, el cual, desesperado de no alcanzar el consentimiento del oidor para su enlace, había puesto mar de por medio y pasado a Chile. La resistencia del golilla, hombre de voluntad de hierro, nacía del empeño de unir los veinte abríles de Laura con los cincuenta octubres de un compañero de audiencia. En vano Laura, agotando el raudal de sus lágrimas, decía a su padre que ella no amaba al que la deparaba por esposo.

—¡Melindres de muchacha! la contestaba el flemático oidor. El amor se cria.

El amor se cria! Palabras que envenenaron muchas almas, dando vida mas tarde al remordimiento. La casta vírjen, fiada en ellas, se